

que, embriagada, desvanecida, no tenía medios para defenderse. No se atrevía á huir, porque amaba; no podía llorar, porque deliraba también; y no quería ceder, porque no había perdido la virtud. En esta crisis terrible, un rayo de celeste luz la ilumina; un repentino esfuerzo la sostiene; un instinto sobrenatural la agita: levanta su cabeza con una expresión enérgica; su mano ase con fuerza una de las manos de Luciano, y elevándola al aire, le muestra en la cumbre del monte la Peña de la Cruz.

Luciano queda yerto: su rostro se pone blanco como la nieve; su convulsion ha cesado; sus transportes se cambian en un estremecimiento de horror, como si aquel corazón que palpitaba bajo su osada mano, estuviese frío; como si aquel seno, hecho por la mano de las Gracias, fuese un esqueleto. Aquel beso que la embriaguez del placer quisiera eternizar, le deja una impresión funesta; y aparta sus labios helados como si hubiera besado un cadáver.—«Sí, soy un monstruo, exclama; pero no te amaré jamás!»—Estas palabras salieron de su boca con un metal de voz distinto del suyo. Asió bruscamente del brazo á su amante, como si fuese á precipitarla en las olas, y ella le siguió asustada, pálida, temblorosa, casi arrepentida de su involuntario movimiento.

Reuniéronse á la gente, no se hablaron más, y anocheció.

II.

Ecce Lignum Crucis.

El mal es el amante de la noche. Todas las desgracias la apetece; todos los dolores se avivan á su presencia. Cuando ella se aproxima, las enfermedades se agravan, las heridas se enconan, los amantes se exaltan, los febricitantes deliran, y los tristes se complacen. También la agitación de Luciano creció con la noche; también brillaba más en las tinieblas la figura de plata.

En vano la oscuridad reproducía la memoria de Eulalia adornada de los encantos misteriosos de que se rodean en aquella hora las imágenes del amor: en vano se acercaba el instante de verla, de estar á su lado, y de borrar con caricias las penosas impresiones del día. Entre todas estas imágenes, la brillante figura era la mano fatídica trazando letras de fuego en la sala del festín. Á su luz infernal, la hermosa Eulalia parecía un fantasma; aquel deseo era un tormento; aquella agitación un pavor casi religioso, que iba cubriendo el corazón del joven, á medida que las sombras se tendían sobre la tierra.

Luciano caminaba solo hácia el pueblo. Abismado en su tristeza, quería hallar en derredor de sí la causa de ella, ó buscaba en los cielos pronósticos de mal; pero es-

tos pronósticos estaban sólo en su corazón. Fuera de él todo era placer y serenidad. Veía á los jóvenes de la aldea que se retiraban en tropas; y aun cantaban alborozados, y hacían retumbar el valle con alaridos. Miraba al cielo; y el cielo estaba sereno, diáfano, despejado. Miraba al mar; y el mar sin bramidos y sin olas, en el horizonte parecía el cielo, en la ribera parecía el río. Miraba al río; y terso, puro, brillante, y estrellado, parecía á través de los campos un camino de plata.

Luciano llega, y se prepara á salir para la aldea de Eulália. Otras veces gustaba de atravesar el valle á pié como los galanes del campo; pero aquella noche sus fuerzas se habían debilitado, y la inquietud de su alma no daba espera. Ármase cual si hubiese de luchar contra algun contrario; ase la espada; cuelgan en su cintura dos rayos de muerte: sube en un caballo más negro que la noche, y envuelto en su oscura capa, vuela por el campo intrépido y denodado como un antiguo paladin que corriese á escalar la torre de su dama. No era miedo el terror que sentía; y este terror se disminuyó tambien. Al verse armado y corriendo en su fogoso bridon, se cree superior á todos los riesgos, á todos los enemigos, á todos los rivales; y sus esperanzas vuelven á ser lisonjeras. No obstante, su aspecto era algo siniestro: los que pasasen por el campo creerían ver un espectro que volaba por entre los árboles: su espada pendiente y brillando á veces, tenía algo de funesto: diríase que el génio de la muerte atravesaba el valle esgrimiendo su guadaña; los que le mirasen creerían tambien ver la figura de plata.

Á alguna distancia de la casa de Eulália moraba un colono de Luciano. Allí se detiene, deja su caballo, y tomando una senda estrecha, atraviesa los campos de la

aldéa. Aquellos campos no son desiertos como los demás de España, donde de noche no hay más que sombras. Allí se descubren por todas partes casas aisladas, y relumbra el fuego de sus hogares. Se oyen por dó quiera labradores que se llaman á gritos, niños que lloran, dos amantes que hablan bajo un árbol, ó un anciano que vuelve á su casa murmurando oraciones. Por aquí ladran perros, por allá rechinan carretas; en el río golpéa sordamente el remo de la barca pescadora; en el monte resuena la bocina con que el labrador ahuyenta al jabalí, y los humildes campanarios de las aldeas mezclan tambien á estos ruidos sus armonías, haciendo sonar el fúnebre toque de ánimas, ó el lento pulsar de la agonía.

Era ya entónces media noche, y nada se oía. Solo por los emparrados caminos discurrían como fuegos fátuos manojos de paja encendida, que sirven de antorchas á aquellos aldeanos. Brillaban las luciérnagas entre la yerba; brillaban los charcos en las praderas, y las pálidas cortezas de algunos abedules brillaban tambien con cierta blancura fantástica, como troncos de plata.

En breve se presentaron otros objetos á los ojos de Luciano. Al lado de su camino se alzaba la iglesia de la aldea. Él no era supersticioso: había tal vez mucha religion en el fondo de su pecho, muy poca en su cabeza; y su piedad era más bien sentimiento que creencia. No obstante, al cruzar de noche ante los umbrales de un templo, experimentaba diversa sensacion que ante las casas de los hombres, y su alma se elevaba; pero entónces se estremeció. Un vivo resplandor iluminaba la reja de la puerta: parecía que la iglesia estaba alumbrada, y salía de ella una especie de canto monótono y apagado. Á través de aquel resplandor pasaba á veces una sombra

informe que le eclipsaba. Luciano se acerca sin embargo. Aún piensa que aquellas sombras, aquellas luces y aquellas voces podían ser los terrores de la infancia, que despertasen y revoloteasen por su imaginación despavorida. Mas ¡ah! no son siempre visiones las creencias populares; no siempre hay quietud en la mansión de los muertos. No son ilusiones lo que Luciano siente: retumban dentro de la iglesia tres golpes dados con una fuerza espantosa que estremece todo el suelo..... síguelos un resuello profundo y fatigado..... Luciano se huela; su cabello se eriza; su sangre se pára.—«No hay duda, exclama; las tumbas se abren..... Oigo ya el ronquido de los muertos.»—Y haciendo la señal de la cruz, huía; pero aquellos tres golpes se repetían á cada momento.

—«Sí, continúa sin aliento; hoy me persigue un Génio infernal..... hoy me oprime el cielo con el peso de sus prodigios..... La tierra misma me quiere tragar, y tiembla bajo mis pies. Mansión de la virtud y de la inocencia, mansión de Eulália, protégeme..... escóndeme..... ya no busco en tí el amor..... busco el amparo; busco..... la calma!..... ¡Eulália!..... ¡Eulália! líbrame de las iras del cielo.»

Eulália ya podía escuchar sus plegarias..... Luciano está á sus umbrales..... Detiéndose un momento, y aplica el oído con triste curiosidad, como si en la casa de su querida hubiera de hallar también rumores siniestros. Pero nada oye: en aquella mansión de vivos reinaba más tranquilidad y silencio que en la morada de la muerte.

Luciano rodéa la casa hasta ponerse bajo la propicia sombra de una parra, por cuyos puntales solía trepar á la ventana hospitalaria. Otras noches le daba el amor ligereza; ahora se la dá el pavor, el sobresalto. Huye mas bien que trepa; huye del suelo, donde cree ver abrirse

una tumba, y está ya en el suspirado dintel. No necesita pulsar; la ventanilla cede á su impulso, como siempre que se le esperaba. Abre, entra, y tiende su vista por la oscura estancia..... ¡Santos cielos!..... Á la escásima luz que traspiraba la noche, y que no alteraba la negrura de las tinieblas, refléjase en el aire, en medio del aposento, aquel extraordinario brillo..... la espantosa figura de plata.

Luciano se abalanza á ella, y no la halla; ya no la ve; desapareció. Cree, no obstante, percibir más cerca otra blancura..... se aproxima asustado..... Pero ¡ilusión! ¡delirio dulcemente desvanecido! Es el lecho de su amada; el lecho donde Eulália dormía, es el que detiene sus pasos..... el tacto sólo de la almohada donde reposa su frente templó el ardor de su pecho y hace una revolución en su fantasía. Poco ántes le sobresaltaba el terror que por todas partes le iba siguiendo; ahora casi extraña la tranquilidad que allí reina. Aquella tranquilidad le conmueve; el sueño profundo de su querida le enternece, pero no con la ternura del amor. Luciano entonces no era capaz de transportes ni de caricias. Un respeto religioso le contiene; sus manos se apartan del lecho como de una cosa santa; y cruzados los brazos, y fijos los ojos, contemplaba á oscuras á Eulália como si la mirase, y la hablaba como si ella le oyese.

«Duermes, dulce adorada mía, duermes, exclama..... duermes tranquila, mientras en mi seno ruge una tempestad..... Duermes, y me esperabas..... Ni la inquietud te desvela, ni el amor..... ¡Ay! no..... yo no estoy celoso de tu sueño..... Tú me amas; pero eres inocente: crees en mi honor, y crees el tuyo seguro..... Duermes esperándome, como dormirías en mis brazos..... Tu sueño no es el de la

indiferencia, sinó el de la virtud..... Y á mí me cercan los terrores del delito..... Sí..... yo soy criminal.... La inocencia no siente esta inquietud, este espanto..... La inocencia duerme..... ¡qué tranquilamente!.... casi no se oye su aliento..... Reposo, hechicera criatura, reposa: yo no te despertaré..... ese sueño te hace sagrada..... para siempre!.... sí..... yo quiero ser virtuoso..... yo expiaré mi crimen..... Ese sueño me revela un gran secreto..... yo te amaré como tú me amas..... yo no turbaré jamás tu inocencia, ni tu sueño..... lo juro..... sí..... lo juro!.... por el mágico brillo con que hoy hirió mis ojos la espada de la justicia divina; lo juro por el sagrado terror que me persigue, por la voz de los muertos, por el ruido de las tumbas, que aún me estremece..... y por tu sueño!"

Diciendo así, había tendido la mano sobre el pecho de Eulália en ademán solemne, como para confirmar su juramento; y el cielo puso también en ella el signo sagrado sobre el que los mortales suelen jurar. Sus manos tocaron una cruz..... y como si esta cruz fuese inflamable, la estancia se iluminó. Luciano cerró involuntariamente los ojos á esta luz, y nada vió: sintió solamente que un sér humano había penetrado en la estancia. Este sér dió un grito terrible, dejó una antorcha, y desapareció. Luciano abre los ojos, mira, y los vuelve á cerrar; ha visto ya la figura de plata, y ha caído de rodillas..... ¡Ah!..... quisiera haber quedado ciego en aquel momento!.... pero al fin cede á su destino, y mira otra vez..... ¡mirada funesta!.... ¡Vision terrible! Ya está patente tu misterio..... Lecho de amor, gracias de la inocencia, tranquilidad de la virtud..... encantos de la hermosura..... todo desapareció ante aquella mirada horrorosa. El brillo fantástico es ya un objeto real..... las voces del templo tienen eco..... la in-

quietud de Luciano ha cesado..... su juramento se ha cumplido!.... Eulália..... Eulália allí está..... pero está muerta!.... su cadáver yace tendido en el negro féretro..... y á su cabecera brilla y centelléa ante los ojos atónitos de Luciano el águila de los funerales, el lábaro brillante de la muerte, la cruz parroquial, la terrible cruz de plata.

Luciano tenía otra mano entre sus manos, la que había hallado sobre el seno de Eulália. Estaba de rodillas; sus ojos clavados miraban alternativamente á aquella cruz de plata, y á aquel rostro de cera. Su color era más pálido que el de su amada, y estaban más desfiguradas sus facciones. Sobre la frente angelical de Eulália reposaba toda la belleza de que es capaz la muerte; en el semblante de Luciano se pintaba todo el espanto que puede sentirse en la vida. Eulália no era más que un cadáver; pero Luciano parecía un alma réproba que se presenta ante el Supremo Juez; y si en aquel momento fuera capaz de desear alguna cosa, hubiera deseado tenderse en aquel féretro, al lado de su querida, y quedar allí muerto.

Pero estaba inmóvil. Solo algunas veces apretaba á su pecho la cruz que asía con violencia. Sus ojos no se alzaban un instante de aquellos objetos terribles, y sus lábios pronunciaban maquinalmente las últimas palabras de su voto funesto. "No turbaré tu sueño..... lo juro por la voz de los muertos, por el ruido de las tumbas!"

Hubiera permanecido así toda la noche; pero una nueva sorpresa le sacó de su letargo. Al grito agudo de la persona que había entrado en la estancia de Eulália, otros cien gritos de pavor habían respondido, y Luciano sentía que se acercaban al aposento. Pero las personas que los proferían no se atrevieron á entrar. Sus alaridos se convirtieron en oraciones: un sacerdote las dirigía, y

prosternadas á la puerta de la estancia, respondían en alta voz á sus preces, y golpeaban sus rostros. Luciano oyó desde su profundo éxtasis aquella espantosa gritería: en medio de sus confusas plegarias distinguía solo: «¡Jesus, Jesus, Jesus!.....» y cesaban un instante, y luego la voz del sacerdote hacía llegar á su alma estas tremendas palabras: «Huye, espíritu de perdición; huye, enemigo infernal, á tus eternos abismos.»

«Ya huyo, dijo con voz sepulcral Luciano, poniéndose en pié..... ya huyo!—» Y á este acento cadavérico, á este aullido de muerte, se prosternaron de nuevo, y se estremecieron, y prurumpieron en un ¡ay! mil veces repetido, en un alarido de espanto.

Luciano pensó realmente que hablaban con él; se creyó un momento un génio infernal, y quiso huir; pero al despedirse de aquellos queridos restos, se despertó en medio de su terror un sentimiento de ternura. Inclínose respetuosamente sobre aquel cuerpo aún hermoso; miró aquella frente de marfil, ceñida de flores como la de una víctima santa, y un transporte de amor fúnebre ardió en su corazón.—«Oh hermosa mía, exclamó, yo te abrazaré al fin sin quebrantar mi voto..... Ven á mis brazos, cadáver adorado..... mis últimas caricias no turbarán tu inocencia..... ni tu sueño!»

Tendió en efecto sus brazos; sus manos acariciaban las heladas mejillas de Eulália, y estrechó á su pecho aquel seno que no palpitaba ya..... En aquel abrazo aún había ilusión de amor, aún había sombra de placer..... y aquel deleite espantoso le hizo exhalar un suspiro que fué un grito de terror..... Sus lábios se inclinaban sobre los lábios que no respiraban ya; pero en aquel momento sus ojos se clavaron de nuevo sobre la cruz de plata, y

volvió á sentir su mágico espanto. Aquella caricia le pareció horrorosa y criminal. Sus lábios se detuvieron, y sus manos se elevaron al cielo. Volvió á poner la cruz sobre el pecho de Eulália, y volvió á exclamar en alta voz: «Ya huyo, ya huyo..... no me atormentéis más, voces del cielo..... Ya os dejo á Eulália..... ya no turbaré su sueño..... ya huyo!.....»

Y huyó en efecto. Desesperado, herido por los rayos del cielo, ardiendo como un precito, y despavorido como un malhechor, se descolgó por la ventana con la rapidez de una sombra. Las voces ¡Jesus, Jesus! atronaban sus oídos, y le empujaban afuera del funesto aposento. El último objeto que vió aún al descender, fué el brillo fatal de la cruz de plata.

Sin embargo, no era solo el terror lo que le alejaba de aquel lugar,.... no. El hubiera permanecido toda la noche al lado de aquel cadáver; hubiera gozado en su desesperación; y ni los temores de este mundo, ni las visiones del otro le hubieran apartado. Pero Luciano era virtuoso aún, y amaba; amaba el alma de aquellos despojos; amaba el nombre y el honor de Eulália, como una cosa pura en la vida, y sagrada en la muerte; hubiera mancillado su reputación permaneciendo allí, y tuvo bastante fuerza de alma para pensarlo. Aquella reflexión era sin duda más fuerte que todos los sentimientos y todos los terrores, y huyó. Huyó por amor, huyó por virtud, huyó porque su destino no estaba aún cumplido. Había visto á su amada: faltábale ver á su víctima.

Siguiendo el camino de la iglesia, divisa de nuevo el terrible resplandor; pero entónces, en vez de repelerle, le fascina, y le atrae como los ojos del dragón. Corre despedido, como un guerrero vencido ya, que busca la muer-

te; empuja la puerta del templo, y entra.... No vé fantasmas, ni cadáveres.... Un hombre está solo en medio de la iglesia, sentado sobre la enlutada mesa de los ataúdes. Á su lado se alzan los candelabros negros de los muertos, coronados de antorchas amarillas.... Una sólo está encendida.... Los vestidos del hombre eran rústicos, su semblante macilento, su fisonomía tristemente estúpida; tenía en su mano una botella, y bebía tranquilamente, cual si estuviera en un festin. Aquella tranquilidad era espantosa; parecía un Génio de muerte sorbiendo á todo su sabor la sangre de los humanos. Pero aquel sér tan familiarizado con los muertos, se aterró á la vista de un vivo: sobrecogido delante de Luciano, que se acercaba silencioso, corrió á echarse á sus piés.

—¿Quién sois? dijo Luciano con voz seca. ¿Qué haceis aquí á estas horas?

—Señor, respondió todo temblando el hombre del templo; soy.... un pobre.... soy.... ya lo veis.... (diciendo esto le mostraba una sepultura abierta.) Todo el dia estuve ganando mi sustento en el campo.... he tenido que hacer esa sepultura de noche.... ahora mismo..... estaba descansando de mis fatigas.... soy un pobre, señor....

—¿Y para quién es esa sepultura?

—Para Eulália....

—¿Y quién mató á Eulália?...

—¿Quién la mató?... Señor.... nadie.... ella.... Dios.... una fiebre.... un pesar....

—¿Un pesar?....

—Sí, dicen que un jóven, un caballero....

—¿Qué?....

—Un jóven, un caballero la seguía. Sus Padres lo supieron, temieron por ella, y la amenazaron.... ¡Oh señor!

con mucha razon;.... con aquella desventurada amistad, un maligno espíritu se habia apoderado de la jóven.... No comía, y enflaquecía, y se esqueletaba, como si interiormente la quemasen.... Diz que algunas veces se habían visto en torno de su casa apariciones extrañas.... pero al fin.... Dios se la llevó!.... Sus padres volvieron á reñirla, y á castigarla, y á encerrarla.... y mañana la enterraré. Murió en tres dias.... murió de pesar;.... pero murió como una santa. Ya está allá rogando por nosotros.

Enmudeció el hombre del templo, y Luciano enmudeció tambien. Trémulo, lento y abatido, como si llevase sobre los hombros la bóveda de la iglesia, se adelanta á la vacía huesa, y se prosterna. Entónces sí que sentía todo el peso del cielo! Hasta aquel momento habia experimentado los terrores de la imaginacion, los dolores del infortunio; pero ahora le oprimía el remordimiento, sufría el horror del crimen. Aquel instante fuera del templo hubiera sido el más cruel de la noche; pero allí habia un altar; la presencia divina animaba aquel recinto; y Luciano conoció al fin que, si el hombre puede consolar sus desgracias con los hombres, los tormentos que causa el delito sólo hallan alivio ante Dios. Oró, sí.—Oraba con toda el alma, con todo su sér. Sus ojos medían toda la profundidad de aquel sepulcro; su mente sondeaba los abismos de la eternidad, y sus suspiros parecían decir al cielo: "No, no te ruego por esa alma que ya descansa en tu seno; te ruego por la mia, por esta alma criminal, por la tranquilidad de este corazon homicida. Gran Dios, ya sé porqué son delitos las pasiones.... ya estoy horriblemente convencido; pero ya estoy castigado. Eulália, ruega por mí! Mira cómo se elevan al cielo las manos que excavaron tu sepulcro.... mira cómo le riegan con

sus lágrimas los ojos que te han fascinado, los ojos que te han dado la muerte. »

Lloraba entónces en efecto; lloraba á torrentes, y este llanto era ya un beneficio. No habia llorado aquella noche, ni hubiera podido llorar sinó en un templo. Aquel llanto era de dolor, de penitencia, y en él habia tambien ternura, amor, alivio; pero consuelo, no.

El sepulturero, que observaba atónito á Luciano, le advirtió que ya se veía la estrella de la mañana. Luciano dejó el templo, y se fué lentamente al albergue de su colono, que dormía tranquilo. Al verle así, repitió aquellas tremendas palabras: «No turbaré tu sueño.» Estremeciéndose, dejó sus armas, y volvió al campo.

Errante entre los árboles vió amanecer; vió la alegría de la naturaleza, con todo el horror que causa en los pechos ulcerados. Las aves cantaban como cantan en todas las mañanas hermosas; pero él sólo oyó el fúnebre tañido de las campanas. Arrodióse, y oró. Oraba aún cuando salió el sol: su vista se dirigió involuntariamente á él como la de un niño á la luz; pero tampoco le vió. Sobre la colina donde se alzaba su lumbre, sus ojos hallaron la Peña de la Cruz, y quedaron clavados en ella llorando. Aquella mañana del dia anterior era ya una memoria. Aquellos placeres le parecía haberlos disfrutado allá en tiempo muy remoto. Habia vivido en una sola noche una vida entera, y se acordaba de aquella mañana, no como un anciano que recuerda complacido un dia bello de su juventud, sinó como un moribundo á quien atormenta la imágen de sus antiguos placeres.

Las campanas volvieron á sonar, y se levantó. Pensaba asistir á las exequias de Eulália, y se dirigió á la iglesia. Á pocos pasos llega á sus oídos un canto fúnebre, y una

bandera negra ondéa á través de los árboles. Adelántase.... Mas ¿porqué vuelve la cabeza de repente? ¿Porqué desaparece apresurado? ¿Porqué huye por los campos como un malhechor? ¿Porqué vé despavorido sombras y espectros en derredor de sí?... ¡Ah!.... Hirió sus ojos el brillo de la cruz de plata.... y no pudo mirar más! . . .

Luciano no murió, ni estuvo visiblemente enfermo; pero fué más desgraciado, porque quedó triste para siempre. Su melancolía se hizo un delirio, y su cabellera de veinte años se llenó de canas. Los consuelos de la amistad pudieron restituirle la razon, pero la alegría.... no. Aquella noche tiñó de negro toda su vida.

Jamás se le vió despues en un festejo; jamás mujer alguna obtuvo de sus ojos una mirada de amor; jamás en sus solitarios paséos volvió á la aldea de Eulália. Pero algunas mañanas trepaba á la cumbre de donde habia dirigido aquella mirada fatal. Otras veces se le veía en el puente, en la playa, ó en la vega, mirando absorto la Cruz de la Peña. Vagaba con frecuencia por las iglesias, y asistia á los funerales. En las noches oscuras del verano las aldeanas solian oír entre las arboledas un canto dulce y húgubre que entonaba un fantasma. Aquel fantasma era Luciano. Habia puesto á la cabecera de su lecho una cruz de plata cubierta con un velo. Todas las noches la besaba de rodillas.... y no dió otros besos en su vida!